

¿QUÉ HA SIDO PARA MÍ EL FEMINISMO?

MARÍA-MILAGROS RIVERA GARRETAS*

Siempre que planteo el tema del feminismo en grupos donde hay mujeres y hombres, suelo percibir un mezclarse de sensaciones en parte irreconciliables entre sí: sensaciones como expectativa y rechazo, inquietud y alivio, distanciamiento y curiosidad, alegría y temor... Pienso que esto es así porque la palabra feminismo ha acogido en su seno deseos y necesidades históricas de distinto orden: deseo de libertad y, también, necesidad de liberación de roles impuestos; deseo de infinito y, también, necesidad de un cuarto propio, por pequeño que fuera; deseo de independencia simbólica, y necesidad de autonomía económica; deseo de amor y ganas de variedad en el placer sexual... La palabra feminismo ha acogido en su seno deseos y necesidades históricas de distinto orden sin unificarlas; porque para eso sirven las palabras que la gente cuidamos y conservamos: para que del contacto de significados que parecen contradictorios, salga lo nuevo que requiere ser dicho en el presente. Por eso, por si puede ayudar a decir qué es hoy la política y el conocimiento de las mujeres, ofrezco aquí un relato breve de mi vivencia en el feminismo del último cuarto del siglo XX.

Yo fui una niña y una adolescente educada, especialmente por mi madre y por mi tía, su hermana, en lo que entonces (los años cincuenta y sesenta) se llamaba el principio de igualdad de los sexos; igualdad entendida como valor equiparable, no como homologable a lo viril. Un principio que mucho tiempo antes –en el siglo XII y en el siglo XIII, por ejemplo– no era llamado así, igualdad de los sexos, sino complementariedad de los sexos (de los sexos, no entre los sexos, que no es lo mismo). Este principio decía, en su formulación medieval, que las mujeres y los hombres somos sustancialmente diferentes y que somos iguales. Esto quería y quiere decir que las mujeres somos un entero, un sexo entero, con su propia infinitud, y que los hombres son un entero, un sexo entero, con su propia infinitud. No quería decir que mujeres y hombres seamos partes de un uno, partes o mitades que buscan juntarse para convertirse en una unidad. Esto –la media naranja, dicho en broma, dicha en broma una idea famosa del clásico diálogo *El banquete* de Platón– es lo que dice el mapa político y filosófico corriente: el mapa del racionalismo, del racionalismo griego y europeo. Un mapa que no da cabida al misterio, que ha devorado su lugar en la existencia humana.

El mapa femenino, en cambio, que sabe que el misterio le ronda todo el rato, tanto cuando le gusta como cuando le estorba, puede acoger y acoge la paradoja que es, efectivamente, el decir que hay dos infinitos y no uno; el decir que la mujer es un entero y

* Profesora del Departamento de Historia Medieval. Universidad de Barcelona y Directora del Centro DUODA.

el hombre es un entero: que en el mundo –que es, este sí, uno– hay dos principios creadores de alcance cósmico –el femenino y el masculino–, como decía en Europa hace mucho tiempo la cosmogonía feudal, la cosmogonía, por tanto, anterior a la modernidad.

Por eso, porque fui educada de acuerdo con ese principio de nombre incierto, incierto en mi infancia y en mi adolescencia, se protegía más el cuerpo de las hijas que el de los hijos. Se reconocía así que la niña nace con un más, un más necesario y precioso para la obra de la civilización; una obra que, como todo el mundo sabe, ha sido y es históricamente más femenina que masculina. Un más que es la capacidad de ser dos que su cuerpo, el cuerpo femenino, señala; señala sin determinar nada.

También, y por lo mismo, porque fui educada según ese principio que dice que mujeres y hombres somos sustancialmente diferentes y que somos iguales, en la infancia que yo viví en casa se trataba igual a niñas y a niños en lo que se refería al acceso al conocimiento, a la independencia económica, al trabajo doméstico autoconsumido, a la libertad de ser alguien...

En otras palabras, en la infancia aprendí que ser mujer era algo que tenía que ser siempre tenido en cuenta; tenido en cuenta por mí como un valor, como un significante; y, también, como un valor y un significante que había que custodiar un poco a la defensiva en el mundo en el que, por azar o por gracia pero necesariamente, yo vivía: es decir, el Occidente de la segunda mitad del siglo XX.

Luego, de estudiante en la Universidad de Barcelona, no tuve contacto con el feminismo ni leí entonces a Lidia Falcón, por ejemplo; pero sí noté que, en el movimiento de lucha contra el franquismo en torno al 68, las alumnas brillantes de mi clase eran reemplazadas por alumnos mediocres cuando se trataba de dirigir un acto político, fuera el acto grande o pequeño. Esto se me quedó grabado, pues no coincidía con el valor que yo creía que tenía el ser mujer en el mundo. Le atribuí este fallo al franquismo, a su política de represión de la libertad. Cuando me fui de España en 1970, en Roma viví las luchas en torno a la ley del aborto y del divorcio, luego en Munich, en 1974, de nuevo las manifestaciones en torno a la ley del aborto, y en Chicago, a partir de 1975, la lucha por el Equal Rights Amendment (o sea, la enmienda a la Constitución de los Estados Unidos para imponer la igualdad de derechos y obligaciones entre mujeres y hombres); enmienda que las mujeres pobres rechazaban, especialmente las negras pobres. Yo no supe ver entonces que las mujeres pobres, precisamente por serlo, por ser pobres, veían con lucidez su más, un más que no se mide con dinero, que no tiene precio, como se suele decir: un más con el que ellas sabían que habían sido dadas a luz y que la homologación de derechos con los derechos de los hombres dejaría fuera de juego o transformaría en un menos; pero sí supe reconocerles autoridad, como diríamos ahora, o sea, no descalificar su hostilidad a la igualdad de derechos como un problema de falta de conciencia de su opresión social.

Fue entonces, marcada por esta experiencia, cuando empecé a dedicarme en serio al movimiento y al pensamiento de las mujeres, porque ya no podía atribuirle al totalitarismo, al franquismo, la contradicción entre mi aprendizaje infantil de ser mujer como valor, como significante, y el movimiento feminista que yo conocía, un feminismo que ponía el acento en que las mujeres tuviéramos lo que los hombres tenían.

Claro que este no era todo el movimiento de mujeres. Descubrí entonces el que se ocupaba de la práctica de la relación y de la política de lo simbólico. Lo descubrí a través de la lectura, como tantas veces nos ocurre a las mujeres: a través de la lectura, concretamente, de la obra de Luce Irigaray y de libros como *Guillerma y Maifreda: historia de una herejía feminista*, de Luisa Muraro y de *No creas tener derechos*, de la Librería de mujeres de Milán¹. Poco a poco, cambié de mediación y cambió mi forma de hacer. Dejé de hacer para las otras y pasé a hacer en relación, en relación con otras mujeres, alumnas e investigadoras del Centro DUODA sobre todo, partiendo de mi necesidad de rescatar pasividad, escucha, dejarme dar, en la acción de pensar y de escribir. Y es ahí donde estoy ahora, de vuelta a la experiencia infantil del ser mujer como valor, como significante, que no confunde el ser significante con los objetivos de los movimientos de liberación de los años sesenta y setenta.

Es decir, no he estado siempre en la política de las mujeres de la misma manera; en una primera etapa, aprendí a ser niña sobre todo entre mediaciones femeninas; en la segunda, estuve para aportar algo a las otras, para aportarle algo al feminismo; ahora, estoy para ser "un pequeño pedazo" de esa política, estando viva y movable, en primera persona, en el contexto relacional del entre-mujeres.

Por eso puedo decir, en pasado, en pretérito perfecto, qué ha sido el feminismo para mí. Ha sido en lo que tiene de movimiento de emancipación, en lo que comparte ideología con los movimientos de liberación de los pueblos de los años sesenta y setenta del siglo XX. Ha sido y ha triunfado, ya que se ha obtenido en muchos países del mundo –y no sólo de Occidente– la igualdad de derechos y obligaciones con los hombres, y así consta en la Constitución de muchos de esos países.

Hoy en día, cuando se ignora el triunfo de las reivindicaciones del feminismo del siglo XX, el hablar de feminismo provoca suspicacia y malestar: porque quien escucha percibe que se le está hablando de un corpus ya perfecto (o sea de acción acabada) o ya pluscuamperfecto (o sea de acción podrida) como si estuviera vivo, como si se tratara de un cuerpo vivo. Se habla de combates, problemas y luchas pendientes cuando lo que ha ocurrido históricamente es un triunfo, el triunfo de muchos y muy grandes combates. Esta es, en mi opinión, una de las razones que disuaden a muchas estudiantes de acudir

1. De Luce Irigaray, especialmente *Speculum. De la otra mujer*, trad. de Baralides Alberdi, Madrid, Saltés, 1978; *Ese sexo que no es uno*, trad. de Silvia Tubert, Madrid, Saltés, 1982; y *Sexes et parentés*, París, Minuit, 1987. *Guillerma y Maifreda* (1985) ha sido trad. por Blanca Garí (Barcelona, Omega, 1998). *No creas tener derechos*, trad. por Cinta Montagut con Anna Bofill (Madrid, Horas y horas, 1991).

a los espacios feministas: en ellos se vuelve una y otra vez sobre problemas ya resueltos, dejando esta inercia sin lugar para plantear las cuestiones vivas hoy, las cuestiones que requieren ser dichas y habladas en el presente.

Quizás alguien puede pensar pero esa igualdad de derechos y obligaciones ¿es verdad en la realidad social?

El feminismo de las reivindicaciones se propuso, efectivamente, cambiar la sociedad, cambiar la realidad social. Y es, precisamente, la realidad social lo que ha conseguido cambiar, cambio que es su gran triunfo histórico. Este triunfo lo pone de manifiesto la presencia de mujeres en la gran mayoría de los espacios llamados sociales. En la universidad, por ejemplo, en la cual la mayoría de los alumnos son, hoy, alumnas, internacionalmente. En la Universitat de Barcelona superaban el 62% en el curso 1996-97, frente al 34% del 1969-70². En The University of Chicago, 1631 chicas frente a 1529 chicos han empezado el curso 1999-2000³. O en la política de los partidos políticos, que decretan ahora por ley la paridad y las cuotas, cuando sería mucho más honesto y veraz reconocerles autoridad a las muchas políticas que ya están hoy ahí, ocupando y desempeñando cargos en cantidad de sitios, en vez de seguir representándolas como carentes, como discriminadas, cuando esto ya no es verdad cuantitativamente. El representarnos como discriminadas y miserables paraliza, en realidad, políticamente a las mujeres, y no solo a las mujeres sino a cualquier grupo humano que aporte, históricamente, es decir, en el tiempo, un más: un más cualitativo, no medible en cifras ni en dinero, como puede ser hoy África.

Pues la realidad social es precisamente esa: la calle, las aulas, los coches, las empresas, los gobiernos, el mercado, los servicios, las organizaciones no gubernamentales, las nóminas, las listas del desempleo, el arte... En todos esos sitios, en la realidad llamada social, las mujeres estamos presentes hoy. Y sin embargo, estamos ahí con una cierta incomodidad, con una cierta sensación de ajenidad que se parece en algo, en algo sustancial, a la ajenidad que, en los años sesenta del siglo XX, provocó lo que a veces se ha llamado la segunda oleada del movimiento de mujeres (aunque oleadas de estas haya habido muchas más). Estamos ahí, en la realidad llamada social, como si a esa realidad le faltara una cualidad simbólica en la que reconocernos mujeres, en la que reconocerme mujer.

¿Qué es lo que pasa entonces? Pasa, en mi opinión, que la realidad social no es lo mismo que la realidad humana. No es lo mismo, no coinciden realidad social y realidad humana, no es lo mismo lo social que lo humano, a pesar de que así haya acabado pareciendo en el siglo XX: un siglo marcado por la Revolución social, por la revolución rusa o soviética de 1917, un siglo marcado por la necesidad de significar ese gran acontecimiento. Un siglo que le ha añadido el adjetivo "social" a casi todo: a la educación, a la justicia, a la construcción, a los medios de comunicación, a la seguridad, a las fuerzas...;

2. Cfr. PICAZO, Marina- RIVERA, María-Milagros: "La universidad de la generación del 68", *El viejo topo* 119 (junio 1998) 9-11.

3. Cfr. *The University of Chicago Magazin* (abril 1999) 13.

incluso a la vida, que parece, extrañamente, que sea más de verdad si se le llama “vida social”. Cuando “vida”, sin más, es ya tantísimo.

En mi historia de vida, la historia que estoy intentando relatar aquí, este descubrimiento, el descubrir que lo social y lo humano no son lo mismo, ha sido un descubrimiento fundamental.⁴ Un descubrimiento reciente, que me ha permitido ver que el feminismo ha sido, ha sido ya, para mí; y que me ha dejado una herencia preciosa que sigue viva, que sigue siendo mi horizonte de ser. ¿Una paradoja? Sí, precisamente eso; quizá más que una revolución, yo diría que el feminismo ha sido, ha sabido ser, la gran paradoja del siglo XX.

De la filósofa María Zambrano he aprendido que las paradojas nutren la vida: nutrir la vida que —yo añado— es un talento históricamente más de mujeres que de hombres. Que las paradojas nutran la vida lo aprendí en el siguiente diálogo de una entrevista que le hizo para Televisión española la periodista Pilar Trenas a María Zambrano en 1988:⁵

- “— ¿Cuál ha sido su gran libertad?
— La obediencia.
— Parece una paradoja...
— Sí. La vida se nutre de paradojas. Me interesan más las paradojas de la vida que las antinomias del pensamiento”.

Para mí, el feminismo ha sido, en lo que ha tenido de reivindicación para tener lo que los hombres tenían. Es una herencia preciosa, en cambio, el entre-mujeres, la belleza del entre-mujeres, que me ha legado el feminismo. La relación entre mujeres sin más, sin agenda, por el gusto de estar en relación: una relación abierta a lo que ocurra y me ocurra, abierta a lo otro de mí, abierta al misterio y a la trascendencia. Una práctica, una relación, que viene antes de la agenda: una agenda en la que están los hombres, el dinero, la globalización, los cargos, la justicia social y la injusticia social, las éticas... Por eso digo que el feminismo *ha sido*; y no hablo tampoco de postfeminismo.

En la relación que viene antes de la agenda, en la relación sin más, por el gusto de estar en relación, es donde yo hago mi política; política que es política de lo simbólico; política que busca la cualidad simbólica de las relaciones que me permita reconocirme y decirme mujer en cualquier situación; cualidad que haga presente el sentido libre de la diferencia femenina. Que haga, por tanto, humana la realidad llamada social.

¿Qué quiere decir esto? Pongo un ejemplo.

Hace dos años, un grupo de alumnas de mi facultad, la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona, le escribió una carta al rector. El grupo se llamaba

4. Cfr. En mi “¿Están las mujeres en la historia?”, en Luisa MURARO, Annarosa BUTTARELLI y Liliana RAMPOLLO, eds. (2000): *Duemileuna. Donne che cambiano C` Italia*, Milano, Pratiche Editrice.

5. Para el programa de TV2 *Muy personal*. Cito de memoria.

Abya Yala, que quiere decir “madre tierra” en una lengua precolombina. En la carta decían:

“Feministas, sí, somos y estamos, hemos sido y estado, en todos los ámbitos y para todo, no se nos puede ignorar. Abya Yala no reivindica sólo el vínculo con la naturaleza sino con la madre, un vínculo distinto y decisivo que nos marca y que sentimos más cerca. Nuestra fundación ha sido espontánea y alegre, esperamos seguir trabajando y conociendo desde esta inquietud. [...] Como miembros de las Facultades de Historia, Historia del Arte, Filosofía y Antropología pensamos que la visión en estos campos de estudio tiene que abarcar todos los ámbitos de la sociedad. Con esto nos referimos a la invisibilización que se ha producido en todas estas materias en lo que se refiere a las mujeres. Consideramos que su inexistencia, voluntaria o no [...] es una manipulación de la Historia, la Historia del Arte, la Filosofía y la Antropología. [...] Pedimos contundentemente la toma de medidas por parte de las instituciones universitarias y del profesorado para que este tipo de contenidos básicos y obvios, de los que hay múltiples investigaciones y una extensa bibliografía, sean incluidos en las asignaturas de las licenciaturas”⁶. El rector no respondió nunca a la carta.

La inspiración de la carta venía de la experiencia infantil y adolescente de sus autoras, que eran hijas o alumnas de feministas; pero su propuesta trascendía el feminismo. Lo trascendía porque ellas señalaban la necesidad de ir más allá del estar las mujeres en los lugares que antiguamente se llamaban “públicos”: la universidad, en su caso. E iniciar un proceso de significación, de búsqueda del sentido libre de su estar en la universidad, de su ser mujeres en la universidad; de significar ese proceso extraordinario, propio de los últimos quince años, que es la feminización de la universidad, internacionalmente. Y hacerlo en y desde el entre-mujeres del grupo Abya Yala que ellas habían fundado. Algo, que las mujeres nos signifiquemos sin mediaciones masculinas, no previsto por la ciencia.

¿Qué es para mí el entre-mujeres? ¿Cuál es el sentido de esta herencia preciosa, una herencia que yo recibí en casa en la infancia y, luego, en el feminismo (aunque, con figuras distintas, con mediaciones históricas distintas, haya existido siempre en la Historia)?

Leyendo a la gran pensadora y filósofa del siglo XX que fue María Zambrano, he conocido una figura que puede ayudar a captar el sentido de esa herencia: es la figura del Guía. Alguna vez les he oído decir a poetas que, para ellas, la poesía es una guía que ordena, que va reconociendo y dando sentido a las cosas que pasan. Para María Zambrano, “El Guía, así escrito con mayúscula, es solamente una mínima parte de una inmensidad, en verdad de una infinitud. No es mas que la presencia en diversas formas de ese transitar infinito que aquí en la tierra sólo podemos llamar ilimitado.” “Mas el Guía” –prosigue más adelante– “atraviesa las circunstancias y se aviene al par a ellas. Signo de su mediación benéfica. La mediación adversa –la que ejerce y ejercita infatigablemente el adversario– es puramente circunstancial, circunstancial de ablativo se diría en términos

6. Abya Yala: “Dones a les aules: una carta a la Universitat de Barcelona”, *Duoda*. Revista de Estudios Feministas 15 (1998) 103-104.

gramaticales.”⁷. En otras palabras, hay un guía que –como dijo Ortega y Gasset con su famosa frase “Yo soy yo y mi circunstancia”– entiende que las circunstancias son ineludibles; este guía es de ablativo circunstancial, lleva a la decadencia como decae el caso de la declinación, declinación que precisamente declina de nominativo a ablativo. Y hay otra manera de entender el Guía que tiene en cuenta el anhelo humano de trascendencia; un Guía que, sin ir en contra de las circunstancias, inventa, va inventando una mediación para trascenderlas, para no dejarse reducir a ellas, para ir más allá. Una mediación histórica, no fija ni predeterminada.

En el entre-mujeres que practica la política de lo simbólico, en lo que a mí me gusta llamar las relaciones de semejanza, yo he aprendido, en mi vida concreta, la importancia del anhelo de trascendencia, del deseo de trascender los límites marcados por las circunstancias. Trascendencia que no quiere decir dejar atrás sin más, como sugiere la idea de progreso. Lo he aprendido, por ejemplo, estudiando la crítica feminista de la ciencia en el contexto de accidentes nucleares como el de Chernobyl. Una parte del feminismo quería poner límites a la investigación científica para evitar, desde el control de la ciencia, que se repitieran accidentes como ese; otra, la que practica la política de lo simbólico, entendía que es hablando, significando, y no prohibiendo, como puede la ciencia estar al servicio de la vida.⁸

Lo he aprendido también en el amor, prestándole atención al tirón de las entrañas que advierte sin ruido cuándo hay algo que pensar. Es decir, intentando significar los sentimientos y las sensaciones, o sea pensar lo que se siente, en vez de pasarlo por alto. No cediendo, pues los sentimientos a la ética, no reduciéndolos a buenos o malos sentimientos; porque esto les separaría del hacer simbólico y les escatimaría –me escatimaría–trascendencia.

En conclusión, el feminismo ha sido para mí, ha triunfado, en lo que tiene de lucha por la emancipación. Sigue siendo, en cambio, la relación de semejanza en la que puedo pensar lo que siento, yendo más allá –no en contra– de las famosas relaciones de contraposición dialéctica.

O sea, sigue vivo el entre-mujeres como Guía, como lugar de la mediación benéfica, la mediación que atraviesa y obedece las circunstancias, trascendiéndolas: “atraviesa las circunstancias y se aviene al par a ellas”, en las palabras de María Zambrano que he citado. El entre-mujeres, la mediación femenina benéfica, es lo que los grupos de autoconciencia de los años setenta explicaron diciendo “Entre mí y mí y entre mí y el mundo, una mujer”; después, en los ochenta, algunas llamaron autoridad femenina; lo que yo, siguiendo en parte a Hélène Cixous, he llamado escritura femenina, es decir, la escritura

7. ZAMBRANO, María (1990): *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, p. 59.

8. Cfr. *Hipatía, Autoridad científica, autoridad femenina*, trad. de Laura TRABAL SVALUTO-FERRO con María-Milagros RIVERA, Madrid, Horas y horas, 1998.

que desplaza barreras de lo simbólico, de lo decible en el tiempo, sin desprenderse de lo ya dicho por otras.⁹

Se trata de una herencia preciosa para mujeres y para hombres; una herencia que esta curiosa cultura occidental nuestra no ha dejado olvidar, perseverantemente, utilizando para ello un recurso infalible del que se habla poco. Un recurso que consiste en depositar la memoria de la herencia preciosa en el nombre de una niña, en un nombre propio de niña. Nombre propio que, al pronunciarlo, la hace comparecer y, con ella, el misterio de la memoria que su nombre custodia. Nombre propio que la madre da, al nacer, y lo da para toda la vida: pues incluso en la escritura académica, la lengua nos lleva a decir María Zambrano y no Zambrano, porque ella es una mujer y no un hombre como Ortega o Hegel.

Nombre de niña, de mujer, que es, en este caso, Tránsito: es decir, Asunción (que procede del latín *absumpta*, asumida). Según las tradiciones marianas apócrifas de la Europa altomedieval, el Tránsito de la Virgen consistió en salir ella de su tumba después de muerta, regresar al sepulcro y volver a salir, esta vez ya para no regresar, dejándolo vacío para siempre.¹⁰ El movimiento de la figura del Guía que descubre María Zambrano, superando el mapa orteguiano, rememora en su tiempo, en el siglo XX, el movimiento del antiguo Tránsito de María: el Guía reconoce la circunstancia, la atraviesa y se aviene a ella. Trascendiéndola.

En mi caso, el Guía, la mediación benéfica, se ha presentado históricamente en la belleza del entre-mujeres de la que tomé conciencia hace muchos años en el feminismo: conocí primero, en la infancia en casa, en el ser mujer un significante; atravesé después, en el feminismo, las circunstancias históricas de mucha opresión femenina; y, finalmente, me avine a reconocer, a volver a conocer, la potencia significativa de la historia de las mujeres completa, trascendiendo la opresión al avenirme a transitarla, obedeciéndola, pasando por ella, como decía hace mucho tiempo la gran política que fue Teresa de Jesús.

9. Sobre estos temas puede verse: LIBRERÍA de mujeres de Milán, *El final del patriarcado*, trad. de María-Milagros RIVERA, Barcelona, Llibreria Pròleg, 1996. Y mis *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Barcelona, Icaria, 1994 y *La escritura femenina: un fantasma recurrente* (en prensa) [trad. italiana de Clara Jourdan en "DWF" 36-4 (1997) 37-49].

10. Pienso que Marina Warner, en su importante estudio del culto a la Virgen, es demasiado dura con los relatos apócrifos del Tránsito, a los que no atribuye ningún contenido espiritual. Véase su *Alone of All Her Sex. The Myth and the Cult of the Virgin Mary*, Nueva York, Vintage Books, 1983, 86 [*Tú sola entre las mujeres: el mito y el culto de la Virgen María*, trad. de Juan Luis Pintos, Madrid, Taurus, 1991].